

12

Superar los infiernos para vivir

12.1. El amor puesto en práctica, en vez de una ideología de amenaza

La tendencia básica del pensamiento expuesto en este libro es en el sentido de que tengamos esperanza que, por analogía con el amor humano, el Dios que ama también encontrará medios de persuadir al ser humano para que se salve conservando, sin embargo, su libertad. Cualquier otra suposición sería mofarse del amor. Cualquier otra suposición sería también una pura ideología de amenaza que, a través de la formación de un potencial de miedo, intenta impeler al ser humano hacia los brazos de Dios.

Un vistazo en los 2000 años de historia del cristianismo bastará para mostrarnos los resultados logrados por el empleo de tales medios. Y la visión no es nada alentadora. Los resultados refutan los medios.

Un Dios verdugo, que deja a sus criaturas que se revuelvan para siempre en su propia desgracia so pretexto de que lamentablemente tiene que respetar la libertad de estas criaturas sin poder, por tanto, hacer nada; semejante Dios no es apto para exigir la difusión del amor en el mundo. Y es exactamente esta imagen de Dios la que frecuentemente se ha proclamado.

Sería muy provechoso valerse de los medios de la psicología profunda actual para investigar hasta qué punto realmente existe relación entre la predicación del infierno y la creación de infiernos humanos aquí en la tierra.

En su libro *“As armas ideológicas da morte”*, Franz Hinkelammert formula un pensamiento bastante reconfortante a este respecto. El afirma: “Los misterios cristianos han ocupado un espacio místico que continúa siendo ocupado, a pesar de tal secularización. Los misterios cristianos prefiguraron este espacio místico de modo tal que la sociedad moderna (...) reproduce tales misterios en sus estructuras”⁸⁵.

Formulando así un punto de partida, él puede revelar las sutiles relaciones existentes entre la esclavización de los pueblos latinoamericanos por los conquistadores y la concepción del pecado como esclavitud. “Los conquistadores declararon afectivamente la esclavitud palpable como simple derivación de la esclavitud del pecado. Y los pueblos conquistados de América eran, en la visión de los conquistadores, puros pecadores apenas bautizados. Estaban en la esclavitud del pecado, y los conquistadores hicieron lo que esta esclavitud interior representaba en el exterior: la esclavitud palpable, real”⁸⁶.

Si, por ventura, extendiéramos los efectos de este pensamiento a otros campos, surgirían entonces consecuencias espantosas para el papel de la imagen del infierno en la formación de infiernos humanos, sea considerado como cámaras de tortura de la Inquisición, sea como campos de concentración y sus mecanismos de represión en países europeos, asiáticos y suramericanos.

Una cosa, empero, es cierta: amenazar con el infierno no ha llevado a la erradicación de los infiernos en la tierra. Esta amenaza surtió hasta hoy tan pocos efectos, como en su tiempo la amenaza apocalíptica del exterminio de un tercio de la humanidad y no detuvo a este tercio de continuar persiguiendo a los cristianos. En vez de amenazar, muchos de estos cristianos deberían recordar que Dios vino a transformar este mundo en Reino de Dios bajo el prisma del amor.

El Reino de Dios se realizará bajo
el prisma del amor y no de la amenaza.

El amor no hace amenazas. El amor evita el poder, así como lo evitó Jesucristo. Pero a pesar de eso, es el amor el único que tiene

85. Franz Hinkelammert, *As armas ideológicas da morte*, p. 279.

86. *Ibíd.*, p. 308.

poder para hacer realidad el Reino de Dios. Esta es la paradójica verdad de la fe; una verdad tan absurda e ilógica cuanto el mensaje de la Cruz, que, como sabemos y podemos comprobar en san Pablo, “para los judíos es escándalo, para los gentiles locura” (1Co 1, 23). Y enseguida, continúa san Pablo: “Pues lo que es locura de Dios es más sabio que los hombres, y lo que es debilidad de Dios es más fuerte que los hombres” (1Co 1, 25).

Es así como la resistencia a los infiernos humanos no logrará reunir fuerzas a partir de la amenaza de infierno en el más allá, sino solamente a través de la esperanza y de la fe en que Dios vencerá todos los infiernos.

La superación de la opresión humana tiene su comienzo en la fe en que Dios no es opresor; pero no termina allí.

Partiendo del conocimiento de que Dios desea, en sentido amplio y absoluto, la realización del hombre en todos sus relacionamientos diarios, inclusive hasta en la situación de la muerte, se puede tomar esta convicción como base y entonces se hace posible actuar. En esta convicción se concretiza la esperanza escatológica de que *su Reino vendrá* y de que este Reino ya está formándose aquí entre nosotros.

El Reino de Dios está en proceso de devenir.

Es el Reino de aquel que resucitó de la muerte, y así se hizo el gran signo de la esperanza de que toda muerte y todo infierno ya han sido vencidos.

De esta manera, todas las reflexiones terminan allí donde en realidad habían comenzado: EN JESUCRISTO, EL RESUCITADO.

En El, Dios se ha manifestado como aquel que libera para la vida. Y por eso, toda reflexión sobre la muerte se vuelve hacia la vida.

Si en la muerte Dios transforma esta muerte otra vez en vida, entonces de allí resulta el deber de todos los fieles de contribuir, a su vez, para la superación de las situaciones de muerte.

Esto sucede en los actos concretos dirigidos contra todas las estructuras de muerte en el mundo. De modo más concreto:

“Protestar contra la muerte a partir de la esperanza de la resurrección, significa protestar concomitantemente contra una sociedad en que la muerte, sin esta esperanza, es utilizada indebidamente para mantener estructuras injustas...

...La fe en la resurrección, en la resurrección de los muertos, es transformada aquí en crítica a una sociedad marcada por la muerte, donde los ‘señores’ —grandes y pequeños, espirituales y temporales— pueden impunemente explotar a sus siervos; impunemente, porque ellos mismos se transforman en autoridad, norma y verdad en esta tierra, de modo que efectivamente ya no existen más instancias de justicia superiores a ellos.

...Esta justicia reclama la esperanza de ser resucitado, la esperanza de resurrección, que introduce de este modo una agitación crítica y liberadora entre los hombres, pues desestabiliza las relaciones de dominación que se juzgan perennes aquí y ahora. Se trata de una esperanza que solamente da sentido a aquellas relaciones en que es ‘elevado’ aquel que se ‘abaja’ y en que no sólo el más bajo tiene que servir al más elevado, sino que también el más elevado tiene que servir al más bajo”⁸⁷.

En estas palabras de Hans Küng se refleja el cambio de conciencia que también se ha dado en la teología europea bajo la influencia de la nueva visión que se ha desarrollado en América Latina. Resulta de allí la exigencia de una profunda conversión de todos los que tienen fe. Debe ser esta una conversión en que la responsabilidad histórica de esta fe debe articularse como cuestionamiento profundo de todas las estructuras injustas, que han sido denominadas “pecado social” en Puebla y en los discursos del papa Juan Pablo II. Y el pecado exige conversión.

12.2. Se exige una conversión profunda para poder enfrentar las situaciones concretas de la muerte

Profesar la fe en el Resucitado significa también declararse contrario a la muerte y a todas las situaciones de muerte.

En el contexto de la realidad del tercer mundo, estas situaciones de muerte se manifiestan sobre todo como situaciones concretas de pobreza, de miseria y de injusticia.

87. Hans Küng, *¿Ewiges Leben?*, p. 154.

En este contexto el papa Pablo VI menciona explícitamente “las excesivas desigualdades económicas, sociales y culturales (que) provocan entre los pueblos tensiones y discordias”. Y formula también la tarea del cristiano: “Combatir la miseria y luchar contra la injusticia es promover no sólo el bienestar, sino también el progreso humano... en la búsqueda de un orden querido por Dios, que trae consigo una justicia más perfecta entre los hombres”⁸⁸.

De la misma manera la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla denuncia las situaciones de muerte, diciendo que la situación “de extrema pobreza generalizada adquiere, en la vida real, aspectos concretísimos en que deberíamos reconocer las facciones sufrientes de Cristo, el Señor que nos cuestiona e interpela:

—Rostros de niños, golpeados por la pobreza aún antes de nacer...

—Rostros de jóvenes desorientados... y frustrados... marginados por falta de oportunidades de capacitación y de ocupación.

—Rostros de indígenas y, con frecuencia también de afro-americanos que, viviendo degradados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados como los más pobres entre los pobres.

—Rostros de campesinos que, como grupo social, viven relegados en casi todo nuestro continente, sin tierra, en situación de dependencia interna y, externa, sometidos a sistemas de comercio que los engañan y explotan.

—Rostros de subempleados, hacinados en nuestras ciudades, que sufren el doble impacto de la carencia de los bienes materiales y de la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales.

—Rostros de ancianos cada vez más numerosos, frecuentemente puestos al margen de la sociedad del progreso, que prescinde de las personas que no producen”⁸⁹.

A estas situaciones, bastante concretas, de muerte social, la conferencia de los obispos añade también las siguientes:

—“La falta de respeto a la dignidad del ser humano y del pueblo” (n. 40).

—La “permanente violación de la dignidad de la persona humana” a causa del irrespeto de los derechos humanos fundamentales (n. 41).

88. Pablo VI, *Populorum progressio*, n. 76.

89. Conclusiones de la Conferencia de Puebla, nn. 31-39.

—“Las angustias producidas por el abuso del poder...”.

“Angustias causadas por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, de violación de la privacidad, de presiones exageradas, de torturas, de exilios. Angustias en numerosas familias por la desaparición de sus seres queridos, de los cuales no logran tener la menor noticia. Inseguridad total por detenciones sin orden judicial. Angustias ante una justicia subyugada o maniatada” (n. 42).

En esta situación, creer en la Buena Nueva del Resucitado significa tomar, simultáneamente, partido contra la muerte. Contra la muerte patente y oculta, contra la muerte social de los marginados y de los analfabetos, lo mismo que contra la muerte física en todos sus aspectos.

La fe en la resurrección se transforma en testimonio contra la muerte. En esta fe está contenido también el testimonio contra todas aquellas tendencias de la sociedad que provocan esta muerte o que, bajo cualquier “buen” pretexto, la proclaman como inevitable.

La dignidad del ser humano frente a Dios y los hombres es el derecho humano que definitivamente no puede perderse. Dios se hizo humano justamente “para que tengan la vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10).

Pero, si Dios mismo desea la vida de los seres humanos, entonces no se subentiende allí solamente la vida después de la muerte. La vida del ser humano comienza aquí y ahora en las situaciones histórica y social concretas.

Superar la muerte allí significa dar testimonio del Dios de la vida. Pero tal testimonio exige una conversión fundamental del hombre, conversión que denuncie las estructuras injustas y que oponga a la opresión la praxis del amor.

Y con esto volvemos al principio.

Y la conversión que ha de llevar a cabo el individuo en la muerte viene a ser apenas la confirmación de aquella conversión fundamental que el cristiano debería haber realizado hace mucho durante su vida: profesar su fe en una praxis de vida que no se base en principios de dominación y de privilegios. Profesar su fe en una praxis de vida que dé testimonio del Dios de la vida y su actuación en el mundo.

“Este es el sentido del Reino de Dios que nos es revelado por la práctica de Jesús, que es la práctica mesiánica que no solamente invierte los valores sino también las realidades históricas y funciones sociales (1S 2, 4-8; Lc 1, 51-53). La actuación de Jesús miraba a dar testimonio del amor del Padre hacia todo ser humano a través del amor histórico y conflictivo y preferencial amor por los pobres (Lc 4, 16-20). Esta práctica lo llevó a la muerte violenta, expresión de la solidaridad con la muerte sufrida por los oprimidos de este mundo”⁹⁰.

El primer encuentro con Dios en la muerte de cada uno de nosotros probará la verdad de este hecho.

En la parusía, vivida por el hombre en el momento de su morir, cada ser humano vivenciará lo absurdo de todas las estructuras que no correspondían a la praxis de Jesús y simultáneamente también, lo absurdo de la opción de todos los que optaron por estas estructuras. Como dice Christian Duquoc: “El futuro sólo pertenece a quien ama la luz. La parusía verifica la validez de esta opción. La parusía es la evidencia del juicio ya inscrito en las acciones de los hombres. No hay juicio para los justos”⁹¹.

90. Gustavo, Gutiérrez, *A força histórica dos pobres*, p. 135.

91. Ch. Duquoc, *Christologie*, vol. II, p. 281.